



Xavier Agenjo Bullón / Manuel Suárez Cortina,
editores



SANTANDER FIN DE SIGLO



Xavier Agenjo Bullón / Manuel Suárez Cortina,
editores



AYUNTAMIENTO
DE SANTANDER
Concejalía de Cultura

UC UNIVERSIDAD
DE CANTABRIA

- © De la edición: las instituciones que producen
- © De los textos: los autores

Organizan:

Ayuntamiento de Santander
Concejalía de Cultura
Biblioteca Municipal de Santander

Patrocinan:

Caja Cantabria
Excmo. Ayuntamiento de Santander
Universidad de Cantabria

Coordinación y cuidado de la edición:
Milagros García Olmedo

Diseño y maquetación:
Gráficas Calima.

Imprime:

Gráficas Calima, S. A.
Avda. Candina, s/n. Santander

ISBN: 84-86993-23-7
Dep. Legal: SA-732-1998

Este libro está impreso en papel Chorus Matt Satin 150 gramos, que cumple con los requisitos de la Norma ISO 9706-1994, «Información y documentación - Papel para documentos - Requisitos de permanencia».

∞ ISO 9706-1994

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización de los titulares.

ÍNDICE

SANTANDER FIN DE SIGLO. FIN DE SIÈCLE EN SANTANDER	1
<i>Manuel Suárez Cortina</i>	
ESTRAÑÍ, EL CANTÁBRICO Y EL PERIODISMO	21
<i>Juan Carlos Ara Torralba</i>	
LA DIÓCESIS SANTANDERINA EN TORNO AL 98	37
<i>Santiago Díez Llama</i>	
LA ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA Y SOCIAL DE LA CIUDAD DE SANTANDER EN EL PERÍODO DE ENTRE SIGLOS: UNA APROXIMACIÓN	55
<i>Pedro Reques Velasco</i>	
DE SANTANDER A LA HABANA: LA RUTA MIGRATORIA DE LAS ANTILLAS	73
<i>Consuelo Soldevilla Oria</i>	
LA POLÍTICA EN EL SANTANDER DE FIN DE SIGLO	89
<i>Aurora Garrido Martín</i>	
SANTANDER EN LA ECONOMÍA DE FIN DE SIGLO	105
<i>Andrés Hoyo Aparicio</i>	
EL MOVIMIENTO OBRERO	125
<i>Cecilia Gutiérrez Lázaro - Antonio Santoveña Setién</i>	
UN PASO DECISIVO EN LA INDUSTRIALIZACIÓN MINERO-SIDERÚRGICA DE SANTANDER: LOS ALTOS HORNOS DE NUEVA MONTAÑA	143
<i>Gerardo G. Cueto Alonso</i>	
LA CÁMARA DE COMERCIO DE SANTANDER	161
<i>Ana Alegría de la Colina</i>	
LA GUERRA DE CUBA: EL FIN DE LOS MITOS	189
<i>Modesto González Cañibano</i>	
LA EDUCACIÓN EN EL SANTANDER DE ENTRE SIGLOS	221
<i>Carmen del Río Diestro - Fidel Gómez Ochoa</i>	
LA CULTURA INSTITUCIONISTA EN SANTANDER	247
<i>Gonzalo Capellán de Miguel</i>	
LA CULTURA POPULAR SANTANDERINA	273
<i>Julio de la Cueva Merino</i>	
SANTANDER, LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL OCIO	295
<i>Carmen Gil de Arriba</i>	

LOS VECINOS PINTORESCOS: LA COMUNIDAD PESCADORA SANTANDERINA EN EL CAMBIO DE SIGLO	315
<i>Alberto Ansola Fernández</i>	
LA ESTACIÓN DE BIOLOGÍA MARINA DE SANTANDER: CIENCIA Y DOCENCIA EN EL CAMBIO DE SIGLO	333
<i>Alfredo Baratas Díaz</i>	
SALUD Y ENFERMEDAD EN EL SANTANDER DE 1898	351
<i>Fernando Salmón</i>	
SANTANDER, LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA Y EL MARQUÉS DE COMILLAS	367
<i>Elena Hernández Sandoica</i>	
EL LIBRO Y LA LECTURA EN EL SANTANDER DE FIN DE SIGLO	385
<i>Xavier Agenjo Bullón</i>	
DEL MACHICHACO A LA MAGDALENA. ARQUITECTURA Y URBANISMO PARA UN FIN DE SIGLO, 1893-1913	405
<i>Luis Sazatornil Ruiz</i>	
LA PINTURA DE CANTABRIA EN EL FIN DE SIGLO	429
<i>Manuela Alonso Laza</i>	
UN CENTAURO PERDIDO EN LA ALDEA: TRADICIONALISMO Y MODERNIDAD EN AGUSTÍN DE RIANCHO	449
<i>Javier Díaz López</i>	
SOLANA Y SANTANDER. A CABALLO DE DOS SIGLOS. UN ARTISTA DEL SIGLO XIX, SOLITARIO EN EL TRÁFAGO DEL XX	467
<i>Lui Alonso Fernández</i>	
EL AMBIENTE MUSICAL EN SANTANDER EN 1898	489
<i>Rosa María Conde López</i>	
LA MÚSICA Y LA CIUDAD: ESPACIOS PARA LA INTERPRETACIÓN Y CREACIÓN EN SANTANDER EN TORNO A 1898	515
<i>Julio Arce</i>	
LA CREACIÓN LITERARIA DE LAS ÉLITES EN EL SANTANDER DE FINALES DEL XIX, O LA RESISTENCIA ESTÉTICA COMO REACCIÓN: ALGUNOS RASGOS CARACTERIZADORES	533
<i>Juan Antonio González Fuentes</i>	
1898 EN LA VIDA DE MENÉNDEZ PELAYO	549
<i>Rosa Fernández Lera - Andrés del Rey Sayagués</i>	
«SIEMPRE BENÉFICA». SANTANDER Y EL 98	571
<i>Benito Madariaga de la Campa</i>	



Benito Madariaga de la Campa

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

«SIEMPRE BENÉFICA».
SANTANDER Y EL 98

«SIEMPRE BENÉFICA».

SANTANDER Y EL 98

Benito Madariaga de la Campa

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

E

L PANORAMA DEL SANTANDER FINISECULAR

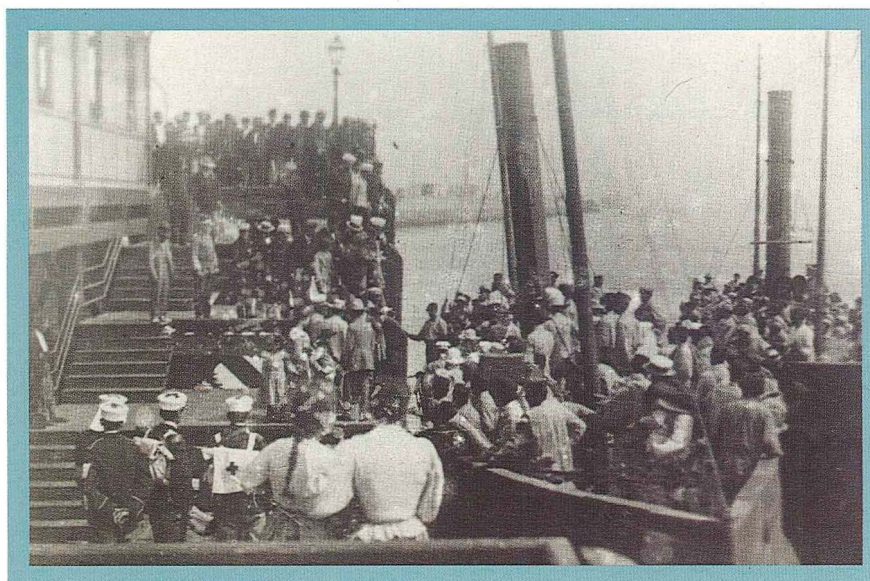
Desde 1895, en que se reanuda la insurrección cubana, hasta que concluye en 1898 con la pérdida de la guerra y de las colonias, éste será el acontecimiento histórico principal del fin de siglo y también el más relevante para la provincia de Santander, desde el punto de vista comercial y militar. El protagonismo se debió a ser uno de los puertos principales en el envío y repatriación de tropas, apoyado por la eficaz acción colaboradora de la Compañía Trasatlántica y la contribución generosa y abnegada del vecindario y de la Cruz Roja local.

La guerra y su desenlace rápido supusieron para Santander el hundimiento de su tradicional tráfico comercial con las provincias americanas, que ya venía de atrás. Entre las compañías navieras que desde la ciudad todavía tenían relación con ellas en 1898, figuraban los vapores de la Trasatlántica con destino a Las Antillas, Nueva York y Veracruz con escalas en Cuba y Puerto Rico. A ellos se añadían los de «Serra y la Flecha», con servicios semanales de carga y pasajeros para los puertos de las dos citadas islas españolas; la «Compañía Larrinaga» con vapores correos y entradas en Liverpool, Santander y las mismas localidades de ultramar; los de «La Bandera Española» con ocho vapores e idéntico recorrido con los puertos cubanos y las compañías Pinillos y la Trasatlántica con travesías a Filipinas.

Cuba era desde antiguo uno de los enclaves principales de la emigración cántabra y, en menor medida, Puerto Rico y Filipinas. El comercio había sido el motivo de su prosperidad económica y las dos guerras de principio y finales de siglo tuvieron una especial repercusión en la disminución y decadencia de los negocios navieros de importación y exportación, cuya merma se arrastraba ya desde los años sesenta.

«Al declararse la guerra con los Estados Unidos, sufrió brusca paralización el tráfico de nuestro puerto. Las expediciones periódicas a Las Antillas quedaron suspendidas después de comprobados los escasos escrúpulos del enemigo respecto del apresamiento de los buques de comercio, y en cuanto al tráfico con Europa, la rápida elevación de los cambios hizo imposible toda introducción del exterior».

Llegada de soldados repatriados de ultramar (1896).



Y añadía a modo de resumen la *Memoria de la Cámara de Comercio* de 1898:

«Quedó el puerto sin barcos, sin mercancías los muelles y por tanto faltas de trabajo las clases que viven del comercio».

Contaba Santander en 1897 con 50.640 habitantes y 263.673 en toda la provincia. Con ser escasa su población, tenía entonces cuatro periódicos principales (*El Cantábrico*, *El Aviso*, *La Atalaya* y el *Boletín de Comercio*). En 1898 aparecieron otros cuatro (*La Caridad*, *La Crónica de Santander*, *La Voz del Pueblo* y *La Ilustración de Castro*), estos últimos con amplia información sobre los incidentes y noticias de la guerra.

En este mismo año, por iniciativa de una comisión de jóvenes montañeses se publicó el *Álbum Patria* para contribuir a la suscripción nacional en favor de la Marina Española. Colaboraron en él los principales autores del momento: Amós de Escalante, Enrique Diego Madrazo, Pereda, Adolfo de la Fuente, etc.

Contaba además la ciudad con un teatro y un panorama cultural bastante representativo y, si bien no poseía universidad propia, se cursaban en ella los estudios de Náutica, Comercio y Magisterio, de antigua tradición.

Tres escritores de relieve dieron a conocer por entonces algunas de sus principales obras literarias de proyección nacional. Pereda publicó en 1895 *Peñas arriba*, y al año siguiente *Pachín González*; Pérez Galdós escribe en la ciudad *Nazarín* y *Halma*, y en 1897 hacen ambos su ingreso en la Real Academia Española, a la vez que editan dos nuevos libros: *Tipos trashumantes* y *El Abuelo*, respectivamente. Coincidiendo con el «Desastre de 1898», la prensa nacional informaba sobre el inicio por Galdós de la tercera serie de los *Episodios Nacionales* y el nombramiento de Menéndez Pelayo como director de la Biblioteca Nacional.

Estos tres intelectuales fueron testigos durante el verano de los embarques de tropas en nuestro puerto y del final de la guerra, con el cuadro patético de la repatriación de un ejército enfermo y derrotado. La prensa local daba también noticias sobre los enfrentamientos del ejército con los insurrectos y las acciones del batallón de Cantabria en Cuba. Ya a mediados de 1896 existían 6.000 soldados españoles enfermos en la Isla, desde que comenzó la guerra, debido, en parte, a las enfermedades infecciosas y parasitarias propias de Las Antillas. Contaba entonces Cuba con 42 hospitales y se calculaba un 6 % de enfermos en ese momento.

El panorama, pues, no era nada optimista y la contienda supuso, aparte de una pérdida continua de hombres, un gasto y una descapitalización que obligaron a suscripciones en varios ayuntamientos de la provincia para allegar recursos con que

auxiliar al gobierno en los costes de Cuba. Después de la guerra, la situación comercial de Santander era grave, tal como lo expresaba así el *Boletín de Comercio* (16-X-1898):

«Los negocios que han alimentado principalmente el tráfico comercial de la plaza, se basaban en las relaciones con Cuba y Puerto Rico: tres o cuatro vapores trasatlánticos zarpaban semanalmente para aquellas islas, y sin sobordo medio, sin contar para nada el producto del pasaje, excedía de cinco mil duros por barco. Terminada la guerra, las expediciones continúan, pero todos sabemos a qué atenernos respecto al resultado final: a medida que avanza la dominación enemiga, los puertos se abren al comercio yankee, las tarifas aduaneras se modifican y muchos de los artículos peninsulares son sustituidos por los americanos».

Un testimonio esclarecedor del estado de guerra es que de marzo a junio de 1895 habían sido destinados a Cuba 9 generales, 98 jefes, 775 oficiales, 388 sargentos y 19.888 cabos y soldados. Y a Puerto Rico, 5 jefes, 90 oficiales, 76 sargentos y 2.201 entre cabos y soldados (*El Aviso*, 8-VI-1895).

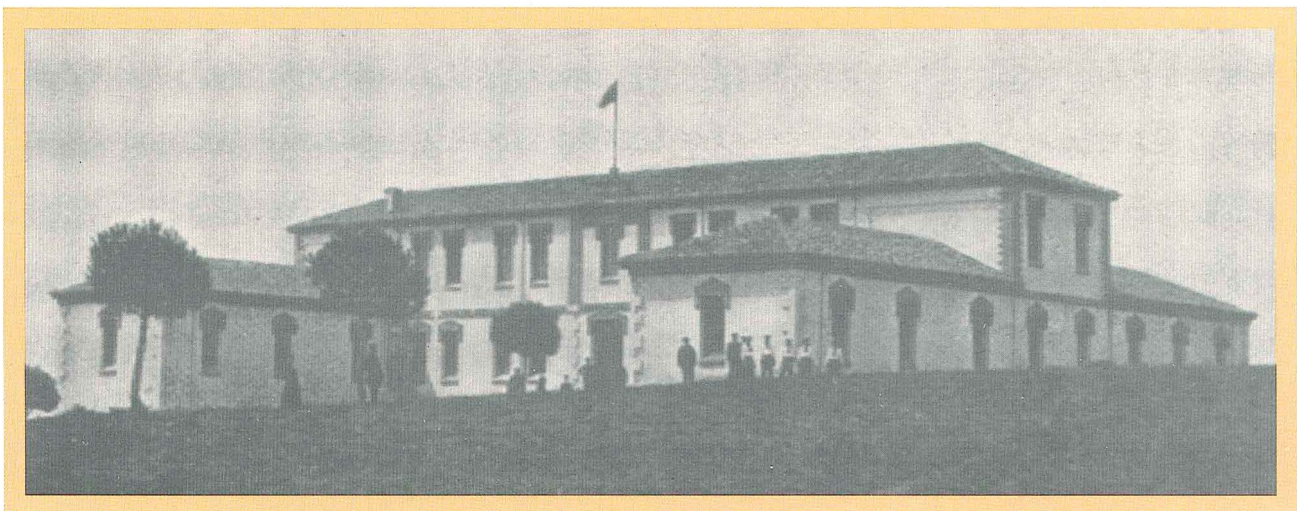
Todo este movimiento militar exigía un continuo tornaviaje de enfermos y heridos con una asistencia médica y sanitaria, aparte también de necesitarse edificios para la hospitalización. A la vez que embarcaban reclutas y voluntarios con destino a Cuba, regresaban deportados cubanos insurrectos y los contingentes de tropa incapacitados para la lucha, que eran enviados, en este caso, al Sanatorio Militar. La prensa publicaba la lista de los soldados cántabros que regresaban muertos o inútiles.

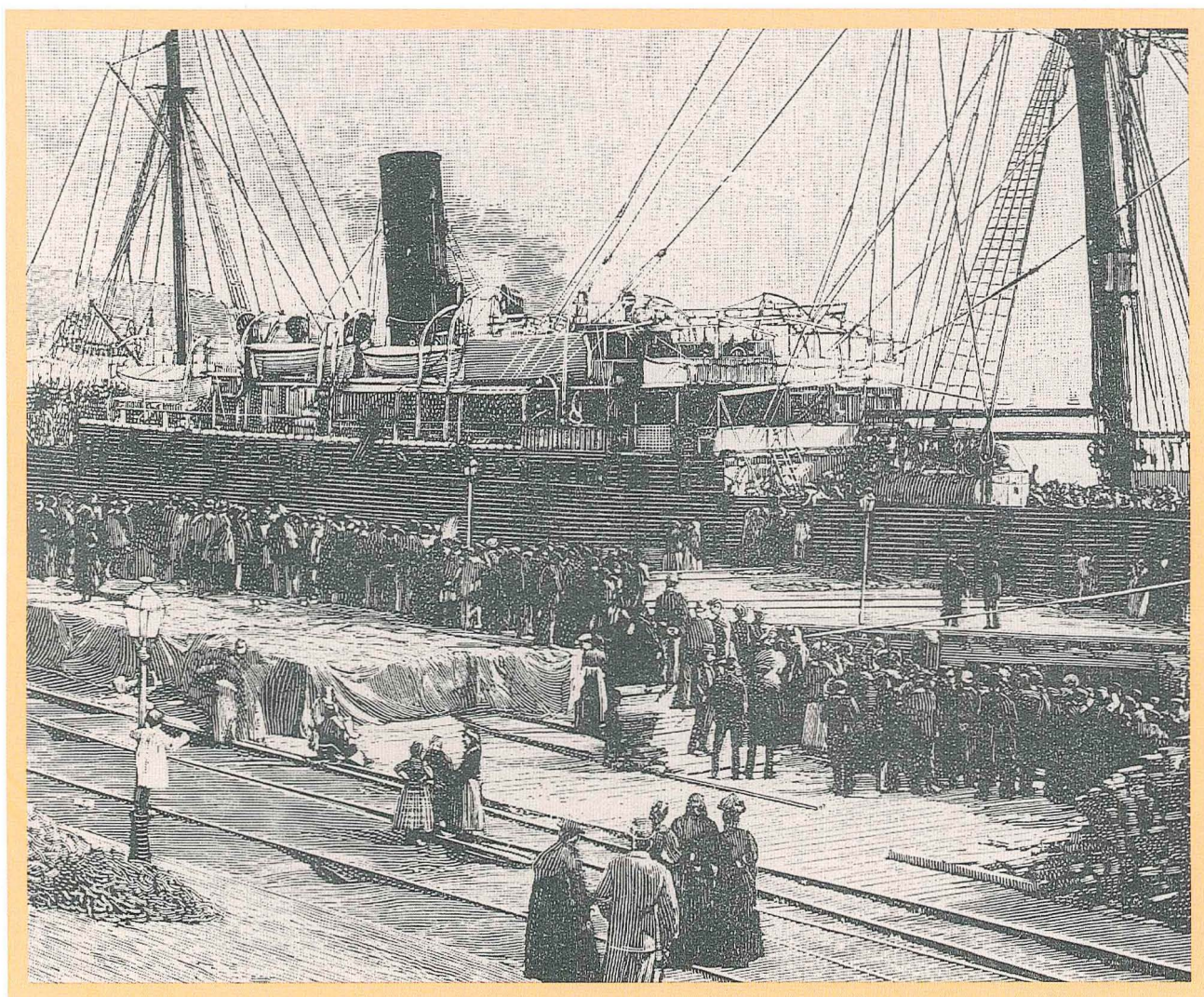
En marzo de 1897 se anunciaba, como un mal presagio, el cerramiento con cadenas del terreno destinado en Ciriago a sepulturas de las tropas procedentes de nuestra principal provincia antillana (*El Aviso*, 13-III-1897). Desde el principio de la guerra de Cuba hasta septiembre de 1897 se repatriaron, sin contar los procedentes de Puerto Rico, 155 jefes, 548 oficiales y 15.000 soldados y clase de tropa, de estos últimos unos siete mil habían desembarcado en Santander (Cfr. *El Cantábrico*, 29-IX-1897).

Los hospitales existentes en Santander, contando los que se habilitaron entonces, fueron el de San Rafael, fundado en 1791 y que tenía una sección militar; el Sanatorio de Calzadas Altas y, en esa misma calle, un Centro de Desinfección dirigido por Diego Breñosa y el Hospital Militar de María Cristina. El Ayuntamiento, debido al enorme gasto de asistencia médica, estudió la propuesta de crear un Hospital Municipal. El Lazareto de Pedrosa, que tenía médico y capellán, al igual que los otros, a pesar de sus escasos medios, desarrolló un importante papel sanitario al retener en cuarentena a los barcos con casos de fiebre amarilla.

El lazareto de Pedrosa era de los llamados «sucios», donde se tenían en cuarentena los buques con patente sanitaria negativa cuando existían defunciones durante el trayecto, traían enfermos infecto-contagiosos o procedían de países con

Vista general del Lazareto de Pedrosa.





Embarque de tropas para Cuba en el *León XIII* (1895).

enfermedades endémicas. La inspección médica determinaba o no la cuarentena, más o menos prolongada, y, en caso positivo, se procedía a desembarcar el pasaje y la carga y a la quema o desinfección de ropas y objetos contaminados.

Cuando se fue reduciendo el número de enfermos se transportaron estos, del Hospital de María Cristina al de Calzadas Altas, una vez clausurado aquel, y, finalmente, los últimos que quedaban se llevaron de aquí al de San Rafael.

El principal hospital colaborador de la provincia fue el de Montes Claros, de Reinosa, que atendió a 5.341 soldados en tránsito y a 95 incapacitados de continuar los viajes en los trenes hospitales, de los que diez fallecidos fueron allí enterrados (*La Caridad*, 15-I-1899). Las Subcomisiones de la Cruz Roja de Torrelavega, Castro Urdiales, Laredo, Ampuero, Santoña y San Vicente de la Barquera contribuyeron igualmente a las funciones asistenciales.

La Comisión Provincial de la Cruz Roja, modelo de comportamiento en aquellos momentos difíciles, colaboró mediante la atención sanitaria, la recaudación de fondos y la ayuda económica a los repatriados enfermos y heridos. Ya en 1896, la Asamblea Nacional de la entidad concedió la medalla de oro al Dr. Juan Pablo Barbáchano, al comandante Casto Campos Guereta y a Ángel Acebo Crespo, miembros de la citada Comisión. La Cruz Roja santanderina se comportó con abnegación y generosidad en un trabajo difícil y arriesgado, en el que sus miembros estaban expuestos a contraer enfermedades, al igual que las monjas de la Caridad y los doctores santanderinos Baldomero Ocejo, Saturnino Regato, Pascual Pérez, Juan José Oria, Eduardo Fernández Almiñanaque y Felicísimo Peláez, médico director del Lazareto de Pedrosa.

LA REACCIÓN SANTANDERINA DURANTE LA GUERRA

Al inicio de la sublevación en 1895, la Compañía Trasatlántica puso a disposición del gobierno gran parte de su flota naviera con buques como el *León XIII*, en el que salió la primera expedición militar de Santander (RAFAEL GONZÁLEZ ECHEGARAY, 1972), a la que siguieron nuevos embarques en el *San Ignacio de Loyola*, *Antonio López*, *Reina María Cristina*, *San Francisco* y en el transporte rápido *Santiago*, de diez mil toneladas, abanderado en Santander. No fueron estos los únicos, ya que a ellos se unieron la naviera Pinillos con servicio en Filipinas y algunos barcos visitantes de la Armada.

La guerra fue cobrando mayor intensidad y se extendió a todas nuestras posesiones mediante el empleo de una táctica de guerrilla con sabotajes e incendios, ataques en los que se empleaba la caballería. Los «mambises», nombre que les dieron los españoles, eran buenos conocedores del terreno y estaban organizados en escuadrones ambulantes que empleaban diestramente el machete. Estos grupos libertadores eran bravos y estaban dirigidos por hombres como Quintín Banderas, Máximo Gómez y Maceo. La muerte de este último supuso una ligera esperanza de victoria, pero la guerra continuó. Los enfrentamientos se saldaron en bastantes casos, ya desde el principio, con fuertes bajas por ambas partes por las acciones militares y, sobre todo, debido a la fiebre amarilla, la disentería y el paludismo.

Durante la primera guerra de Cuba, en la que participó como médico Santiago Ramón y Cajal, al regresar y desembarcar en Santander de su viaje a bordo del vapor *España*, en 1875, describía así, años después, aquella travesía:

«Conmigo abandonaron la isla también muchos soldados inutilizados en campaña. Los desventurados estaban enfermos como yo; pero, menos atendidos, viajaban en tercera, hacinados en montón y sometidos a régimen alimenticio insuficiente o poco reparador. Yo me complacía en cuidarlos, procurándoles medicamentos y alentando sus esperanzas. Algunos de aquellos infelices fallecieron durante la travesía.» (SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, *Mi infancia y juventud*).

El encuentro, por ejemplo, de Mal Tiempo supuso una derrota para los españoles, gran parte de ellos jóvenes bisoños a pesar de servirse de las trincheras y las bayonetas. En realidad fue una guerra civil, ya que gran parte de los libertadores, como ellos se llamaban, eran negros o mestizos y todos habían nacido siendo Cuba provincia española y con nombres y apellidos españoles. Comienzan entonces a llegar a Santander militares heridos, enfermos y fallecidos durante el viaje.

Los fusilamientos de insurrectos y la deportación de cabecillas cubanos a Ceuta, Chafarinas y Fernando Poo no amortiguaron la sublevación. La propaganda contra España y el alistamiento de negros, mestizos e incluso chinos y aventureros de otros países, unido al traslado de la Junta separatista cubana a Estados Unidos y a



Flota de la Compañía Trasatlántica destinada a la repatriación de las tropas de la isla de Cuba.



Filipinas. Medalla para el Ejército. R.O.C. 26 enero 1898. *Revista General de Marina*, enero-febrero 1998, pp. 68-69.

Méjico para recaudar fondos, avivó el fuego de aquella sublevación que supuso para España una continua pesadilla. A medida que llegaban los soldados heridos, pasaban al Hospital de San Rafael y los inútiles y faltos de tratamiento o de alimentos, al Sanatorio Militar de la ciudad. Nada más desembarcar de los *Corconeras* (las embarcaciones de transporte y viajes por la bahía) se conducía a los soldados al Depósito de Embarque. De aquí, la Cruz Roja los trasladaba al Sanatorio.

El hecho de que existiera la redención económica del servicio militar, obligó a que, los que no tenían dinero y no estaban dispuestos a ir a ultramar, desertaran. Así ocurrió ya en 1897, en algunos casos, en los ayuntamientos de Santander, Cabezón de la Sal, Arenas de Iguña y Los Corrales de Buelna, cuya relación de prófugos anunciaba la prensa (*El Aviso*, 26, 28-VIII-1897 y Libro de Actas del Ayuntamiento de Santander, 28-IV-1897, folio 97). Los juzgados especiales o militares publicaban en la *Gaceta de Madrid* las requisitorias con los datos de los jóvenes declarados rebeldes por haberse embarcado con destino a Méjico o huido de los cuarteles y barcos de guerra.

Ante la llegada de grandes contingente de soldados heridos o enfermos a los diferentes hospitales, la Cruz Roja de Santander comenzó a actuar como si fuera una ciudad en guerra. La organización fue ejemplar y enseguida el Ayuntamiento y la población prestaron su apoyo y colaboración a tan benemérita entidad.

«Nuestro Sanatorio Militar, que desde el principio de la campaña de Cuba tan grandes servicios reporta a los soldados enfermos —decía la prensa (*El Cantábrico*, 26-IX-1897 y *La Ilustración Española y Americana*, 30-XI-1898)—, cada día hace más grandes esfuerzos para que en él sean acogidos el mayor número posible. Correspondiendo a estos deseos, la Junta de señoras del mismo, de acuerdo con el médico director, señor Ocejo, acaba de adquirir seis nuevas camas con sus ropas y correspondiente menaje, pudiendo de este modo acoger a seis soldados más. Merece los más sinceros plácemes por su patriótica conducta aquel benéfico establecimiento».

Desde el comienzo de la guerra hasta septiembre de 1897, se habían repatriado 155 jefes, 548 oficiales y 15.000 soldados y clase de tropa, de los cuales siete mil de estos últimos habían desembarcado en Santander, sin contar los procedentes de Puerto Rico (*El Cantábrico*, 29-IX-1897). A veces, el Lazareto de Pedrosa, cuando había casos de enfermos infecto-contagiosos, estaba completamente abarrotado de gente. Como ejemplo, la llegada a Santander del *Isla de Panay*, el 17 de septiembre de este año, contabilizó la muerte de 64 soldados durante el viaje.

Al desembarcar los repatriados la Cruz Roja y particulares les entregaban donativos y las jóvenes de Santander les ofrecían caldo y copas de Jerez. Se hizo entonces popular el llamado «caldo del soldado». La prensa lo comentaba en estos curiosos términos: «Señoras de la aristocracia, de la clase media y del pueblo, con señoritas también de todas las clases sociales, se confunden allí como si constituyeran la servidumbre de una gran fonda, y unidas las que horas ante ni se saludaban, como si siempre hubieran vivido juntas, se las ve servir a los soldados, animándolos con las más cariñosas frases» (*El Cantábrico*, 28-IX-1897). Pero esto fue sólo un preludio del contingente de tropas que, terminada la guerra, llegó a Santander en condiciones miserables y vergonzosas.

El Depósito de Ultramar tramitaba la documentación de los desembarcados, pero carecían de los socorros necesarios. Muchos de aquellos hombres llegaban únicamente con lo puesto y algunos sin mudas, calzado o dinero para comprar tabaco o continuar el viaje a sus pueblos. Como escribe Rafael González Echegaray (*Por más valer*, 1972, p. 79):

«Los correos de Trasatlántica y los de Pinillos y Folch llegaban con las cubiertas atestadas de hombres que pagaban el precio de la victoria con su salud y su vida; atracaban solemnemente a las machinas de Maliaño, alijaban su triste cargamento de miseria y apenas arrancados de nuevo, volvían a embarcar otros muchachos sanos y limpios para el degolladero antillano. El espectáculo era casi diario en Santander.»

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRAL.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.....	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XLII.—NÚM. XXXIII.

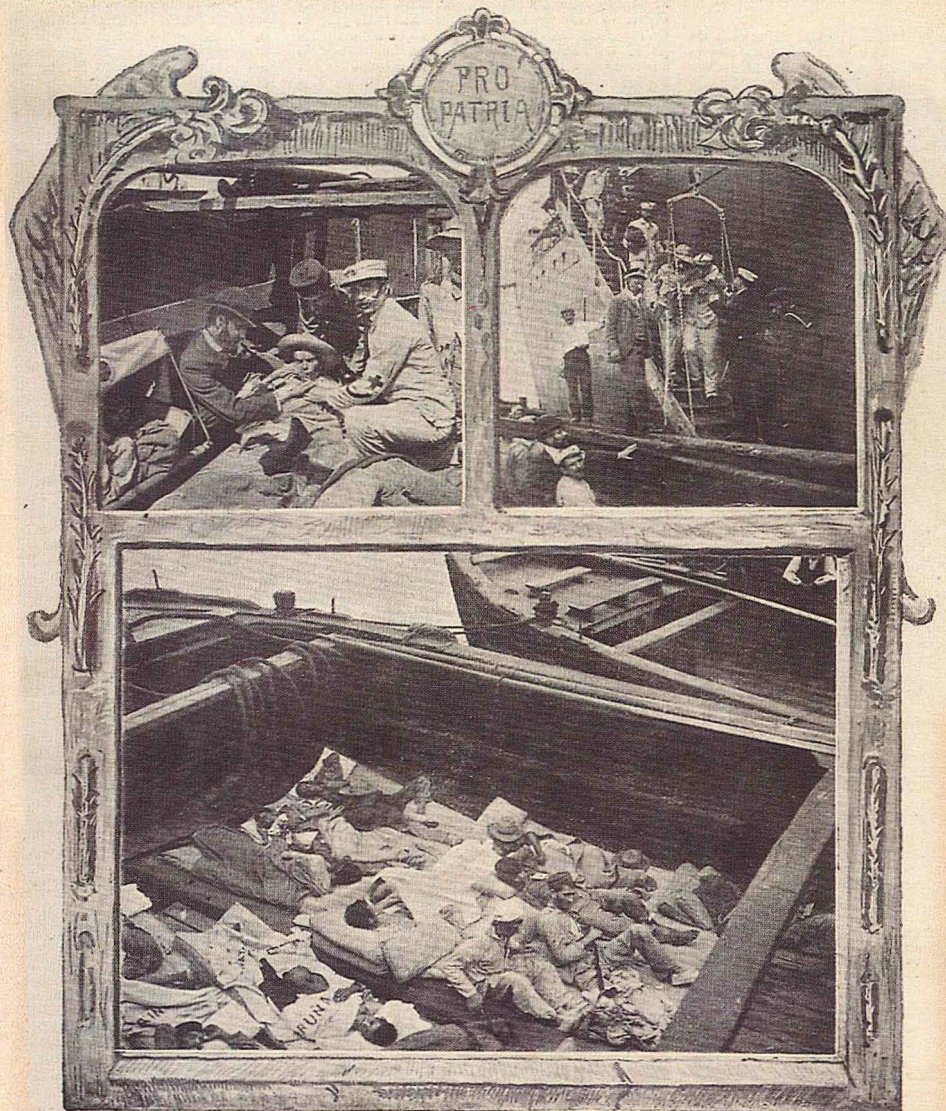
ADMINISTRACIÓN:

ARENAL, 18.

Madrid, 8 de Septiembre de 1898.

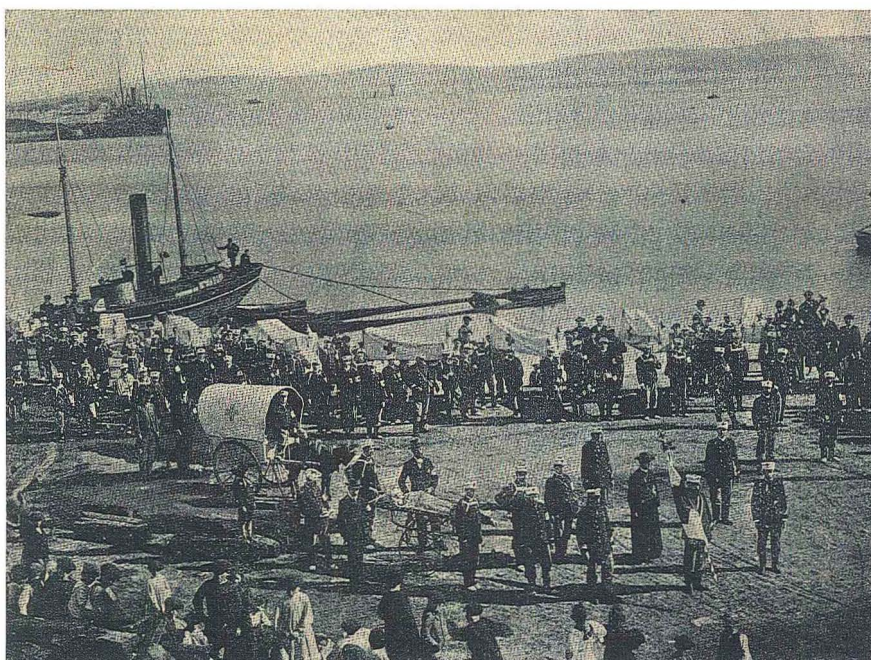
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia.....	60 francos.	35 francos.



INDIVIDUOS DE LA CRUZ ROJA CURANDO A UN REPATRIADO.—DESEMBARCO DE ENFERMOS.
GABARRA CON ENFERMOS GRAVES.
LA REPATRIACIÓN.—EXPEDICIONES DE TROPAS LLEGADAS A LA CORUÑA.
(De fotografías de Victor L. Riobó y José Sellier.)

Ambulancia de la Cruz Roja
santanderina.



La Cruz Roja de Cantabria, a través de su Asociación y los médicos y farmacéuticos pertenecientes a ella, realizaron una labor eficacísima, necesaria en aquellos momentos. Dichos profesionales firmaron el compromiso de servir de auxiliares en el cuerpo de Sanidad Militar, si fuera necesario. En Torrelavega se creó, como hemos dicho, una Subcomisión con los mismos fines asistenciales.

El personal de las ambulancias estaba compuesto por médicos, farmacéuticos, practicantes y auxiliares camilleros. Contaba, además, con la colaboración de los capellanes y las Hermanas de la Caridad (*La Caridad*, 15-IX-1898). Tras el desembarque de la tropa, había que llevarla con el mayor cuidado hasta los hospitales que estaban alejados del puerto y en la zona alta de la ciudad. Desde las primeras horas de la mañana comenzaban a trabajar las ambulancias hasta, en ocasiones, ya avanzada la noche. «Trasladar desde el *Corconera* al muelle, en brazos y a la espalda, los soldados con el más extremado cariño y después cargar con las camillas a las largas distancias a que se encuentran los hospitales, y lo penoso de la ascensión a ellos, todos en lo más alto del pueblo —decía la prensa— es ímprobo y penoso trabajo» (*La Caridad*, 15-IX-1898). Al no existir todavía en Santander la tracción de motor se adquirió por la Cruz Roja, procedente de Vitoria, un ciclo-camilla y el Ministerio de la Guerra envió un coche-ambulancia tirado por caballerías. La colaboración del vecindario mediante donativos en dinero, productos alimenticios y enseres y ropas fue una muestra de desprendimiento y caridad. Aunque el pueblo de Cantabria dio un ejemplo de patriotismo y conducta cívica, el socorro caritativo del ejército, enfermo y vencido, resultaba humillante. Los socialistas protestaron enérgicamente desde el principio solicitando la paz inmediata y el servicio militar obligatorio para todos. También impidieron con sus protestas el desembarco en Santander del general Weyler, que solicitaba la ciudad.

La mayoría de las clases sociales de Santander, desde el gobernador hasta las cigarreras o las lecheras, por ofrecer un ejemplo bien patente, extremaron su atención con los compatriotas que habían llevado la peor parte en el llamado «Desastre nacional».

Esa ayuda se materializó mediante el suministro de ropas, alimentos, caldo, leche, carne, vino, tabaco, medicamentos, franqueo de correspondencia, etc. Debido a las necesidades de leche para los enfermos con disentería hubo algunos días en que se recogieron hasta 130 litros desde diversos puntos de la provincia.

Cuando la guerra estaba en su peor momento, la ciudad tuvo que intervenir de manera intensiva ante el envío de tropas y el desembarco del ejército enfermo:



Grupo de soldados conducidos en una Corconera hasta el Vapor Correo.

«La Cruz Roja ha reanudado con gran entusiasmo —decía el *Boletín de Comercio* (29-III-1898)— sus trabajos preparatorios para prestar servicios cuando empiecen a venir a este pueblo los buques hospitales. Se están estableciendo subcomisiones en diversos puntos de la provincia, con objeto de facilitar los trabajos de la Comisión de aquí, y además se va a publicar en la capital un periódico, órgano de la Cruz Roja, titulado *La Caridad*, que empezará a ver la luz el 1.º de abril y que sólo se ocupará de cuanto se relacione con los servicios que presta la benéfica asociación.»

A las entidades ya citadas, habría que añadir la contribución ejercida por la Cámara de Comercio de Santander, a través de su Junta directiva. En la sesión del 11 de enero de 1898 acordó telegrafiar al Presidente del Consejo, Germán Gamazo, para que se hicieran «como de costumbre en este puerto, los embarques de tropas para Cuba» (*Libro de Actas*, folio 332). Si bien no se consiguió en la expedición del 20 de enero, se volvió a pedir que se aumentaran los envíos a Filipinas y que algunos de los viajes tocaran en el puerto, tanto a la ida como al regreso. La Cámara estuvo alerta, igualmente, a las medidas económicas que convendría adoptar ante la autonomía arancelaria de Cuba que se pensaba dictar en 1897, así como solicitó al año siguiente noticias sobre el estado de las diversas industrias que exportaban sus productos a Las Antillas para que continuaran los envíos (3-II-98, folio 334). Igualmente demandó información sobre las concesiones que pudieran hacerse tanto en la Península como en Las Antillas en caso de un tratado de comercio con los Estados Unidos (16-II, folio 336).

En una visita efectuada por el Presidente de la Cámara al gobernador, éste elogió el comportamiento de Santander por las facilidades concedidas en lo referente al movimiento de tropas por nuestro puerto. Del mismo modo, le hizo saber el agradecimiento que debía a la población por los sacrificios que tanto las autoridades como el vecindario estaban haciendo para facilitar el embarque de soldados (4-III, folio 339).

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Mucho antes de la voladura del *Maine*, atribuida de una forma mendaz y provocativa a los españoles, la guerra fue tomando un cariz cada vez más acentuado y negativo para España, a raíz de la intervención, primero solapada y después inten-

cionada, de los Estados Unidos. Las publicaciones españolas informaban ampliamente sobre la marcha de la contienda en Cuba y Filipinas, así como de la propaganda adversa de la prensa yanqui contra nuestro país. Antes de declararse la guerra, escribía *La Ilustración Española y Americana* del 8 de mayo de 1898:

«Los Estados Unidos codician Cuba, y no les hará desistir de su propósito ninguna protesta de humanidad o desinterés. Y la desean no sólo por ser una fábrica de azúcar sin rival, sino la llave del Golfo de Méjico y del futuro canal interoceánico, y porque su dominio equivale al de los dos mares y a la hegemonía sobre todo el Continente.»

Declarada la guerra a España en abril de 1898, los norteamericanos, adhiriéndose al convenio de 1856, practicaron el corso y el apresamiento de buques españoles. El bloqueo de Cuba significó la muerte de muchos niños y supuso, como apuntó Severo Gómez Núñez (1899) la ruptura de nuestro comercio con las colonias y después, tras la guerra, la pérdida de las transacciones. Algunos buques, como el *Cosme Herrera*, el *Avilés*, el *Montserrat* y otros de vela lograron romper el bloqueo con puertos cubanos. El embajador de España en París, como protector de los intereses españoles, fue el encargado de protestar por el apresamiento de nuestros buques por cruceros norteamericanos. A su vez, los representantes diplomáticos de Francia y Austria se encargaron de la protección de los bienes españoles en la nación americana. En abril de 1898 habían sido apresados, entre otros, los buques *Buenaventura*, *Matilde*, *Miguel Jover*, *Saturnina* y *Catalina*. El 24 de junio, el cónsul de España en Liverpool comunicó al Ministro de Estado la captura del vapor *Rita*, de 2.093 toneladas, de la matrícula de Santander, que en viaje a Puerto Rico fue apresado por el crucero auxiliar estadounidense *Jale*, que le llevó a Charleston. También fue prendido el vapor *Guindo* en aguas de la isla de Cuba y llevado a Cayo Hueso. Otros de vela, como el bergantín-goleta *Frasquito*, la goleta *María Dolores* o la corbeta *Carlos F. Roses* tuvieron idéntico final.

Desembarco de heridos por el personal de la Cruz Roja.

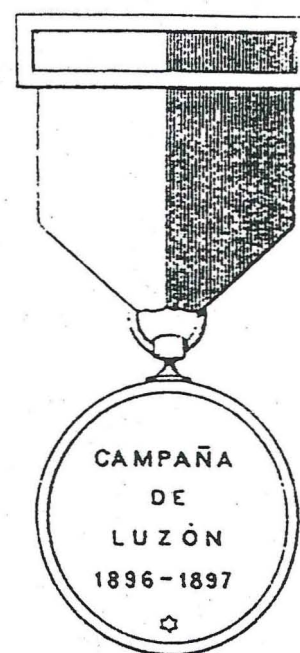




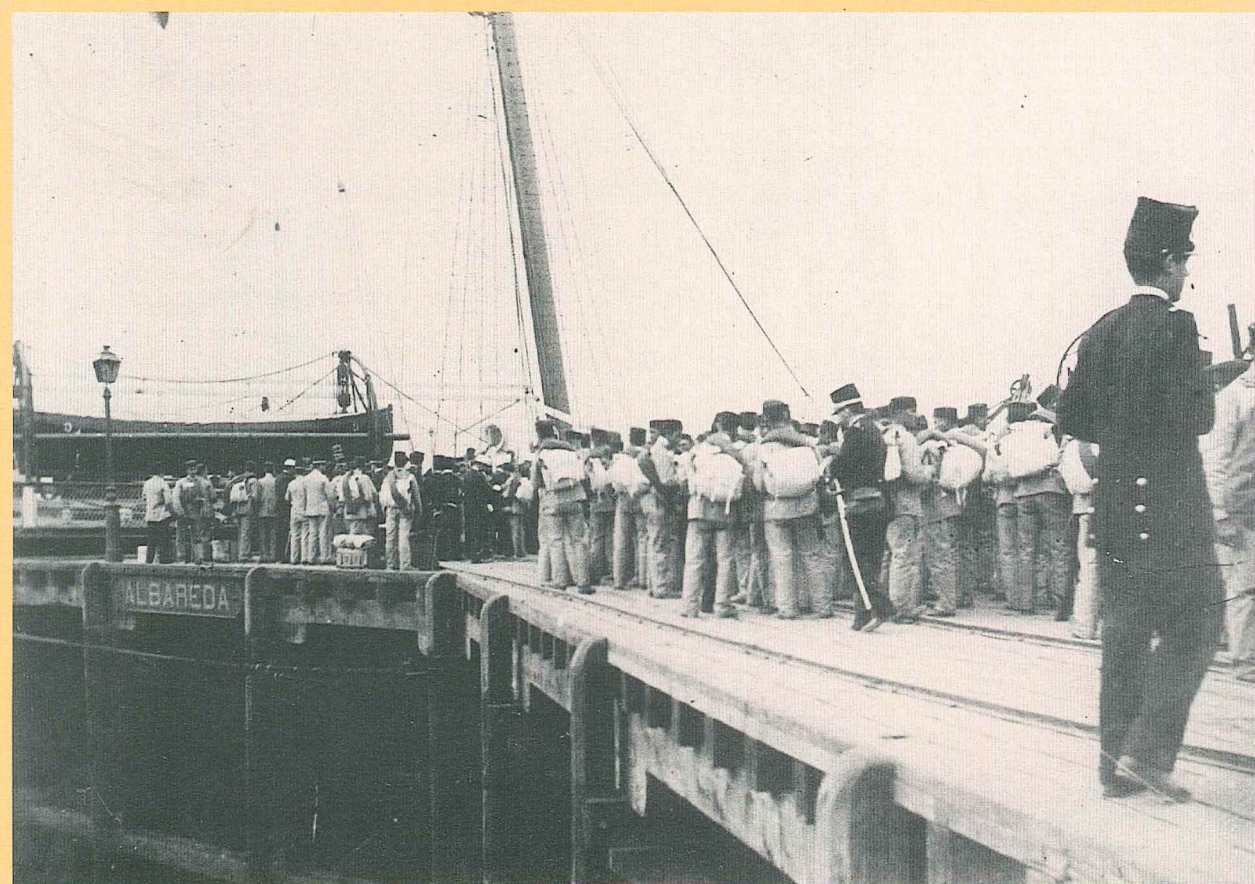
SELLOS DE LA INSURRECCIÓN

«Estos sellos de madera que usaban los insurrectos en la guerra pasada en Cuba, son unas pullas (como ellos lo llaman) de la «Seiba», árbol muy grueso y alto de aquellos campos; del tronco, salen en todo su perímetro, unas espinas que van creciendo hasta tener la forma de un medio limón y esas son las pullas, que cuestan poco de arrancar, y siendo una madera blanda aunque fuerte, con una cuchillita de bolsillo aplanan bien la cara y graban todo cuanto se quiere en ella. Estos sellos fueron cogidos á los insurrectos en una de las

acciones más notables, cuyo cabecilla era Agramonte, en Cumanayagua, Valle de Trinidad, el año 1877, y si mal no recuerdo, por los meses de Octubre ó Noviembre. Estando yo de escribiente en el E. M. de Santa Clara, cuyo Comandante General era el General Cassola y el Jefe de E. M. el General Ochando, adquirí estos sellos que como curiosidad guardo». (*El Aviso*, Santander, 25 junio 1896, p. 2).



Filipinas. Medalla para los voluntarios. R. D. de Guerra del 26 de enero de 1898.



Embarque de tropas
en Santander,
en el vapor *San Francisco*.

El 10 de mayo, el Capitán General de la región, Sabas Marín y González, mandó colocar en la calle el bando que daba a conocer la declaración de guerra con los Estados Unidos y su extensión a todo el territorio y, por consiguiente, a la provincia de Santander. En conformidad con lo dispuesto, pasaban a la jurisdicción militar todos los delitos de alteración del orden público, la publicación de noticias de carácter militar reservado relativas a los movimientos de tropas y barcos, los atentados contra vías de comunicación, las reuniones de índole política o de propaganda no autorizada y aquellos funcionarios y autoridades que no prestaran el auxilio que se les reclamara (*Boletín de Comercio*, 11-V-1898).

Ante una supuesta invasión americana se emplazaron tres baterías: una en la costa de Langre, otra en Cabo Mayor y la tercera en La Magdalena, pero se aguardaban nuevos envíos para proteger el puerto de la ciudad con un total de doce cañones (R. GUTIÉRREZ-COLOMER, 1973, p. 425).

Las primeras noticias del desastre de nuestra flota en Cuba llegaron a Santander directamente y con detalle a través de los artículos publicados en *El Cantábrico* por Alfredo Nardiz, preso entonces en Annápolis (11 al 16-X-1898). La prensa española, que al principio osciló entre la confianza y la resignación, se fue dando cuenta de que la balanza se inclinaba en contra nuestra y después de los desastres navales en Cavite y Santiago de Cuba, a pesar de los rasgos heroicos, España no tuvo más remedio que pedir la rendición y solicitar una paz generosa, que no le fue concedida. Como resultado, se perdieron todas las provincias de ultramar, la escuadra quedó destruida y las bajas entre muertos heridos y enfermos fueron calculadas en 10.788. A la vez, el gobierno quedó endeudado y, según el estado de cuentas de 1897-98, el déficit ascendió a 106.077.050,45 pesetas (R. PÉREZ DELGADO, 1976, pp. 380-381).

En el mes de abril, la Cámara señaló el ofrecimiento hecho al gobernador de la plaza de «la cooperación más absoluta» en los difíciles momentos en que nos

encontrábamos y, al mes siguiente, consignaba en el acta «el sentimiento de la Cámara por el desgraciado combate de Cavite», a la vez que la admiración y simpatía que merecían al pueblo santanderino los héroes que allí habían perecido (Sesión 4-IV-1898, folio 345).

La colaboración de esta entidad fue, como puede verse, múltiple en los problemas comerciales, en la defensa marítima y en la ayuda a los repatriados mediante una circular dirigida al vecindario por la que solicitaba camas, ropas y enseres. Recabó también del gobierno que se conservara a toda costa el dominio de Cuba y que informara del régimen a seguir para las mercancías de ultramar durante el tiempo que transcurriera entre la firma de la paz y la evacuación de los territorios (4-X, folios 358 y 365).

Otra muestra de la diligencia de la Cámara fue la distribución de bonos por los comerciantes con objeto de pagar la diferencia del precio del pan, en alza en aquellos momentos, con destino a la clase trabajadora. En la citada circular, ante la llegada próxima del vapor *Covadonga* en septiembre, con 500 enfermos, de ellos 200 graves, se precisó la ayuda de locales y camas, que serían depositadas con las ropas en el Parque de Bomberos del Río de la Pila. Pocos días más tarde, arribaba el *Colón* con un nuevo cargamento humano de enfermos y muertos.



Traslado de tropas por las calles de Santander.

La Caridad: órgano oficial de la Cruz Roja de Santander (30 de octubre 1899). Colección de publicaciones periódicas, Biblioteca Municipal de Santander.



«Como había sucedido hasta ahora —recogía al respecto la *Crónica de Santander*—, el desembarco de los heridos y enfermos dio motivo a escenas verdaderamente conmovedoras, que demuestran la caridad de nuestro pueblo. Las clases más necesitadas, las que saben el trabajo que cuesta ganar en estos tiempos un pedazo de pan, las que tocan más de cerca las desastrosas y terribles consecuencias de una guerra inicua que nos ha costado ríos de oro y nos está costando mareas de sangre; esas clases que producen tanto y consumen tan poco a la nación son las que ayer, como siempre, rivalizaron en obsequios y agasajos a los pobres soldados, que el clima de Cuba nos devuelve enfermos» (*Crónica de Santander*, 15-IX-1898).

Una de las respuestas generosas a la petición de la Cámara fue la efectuada por la viuda de Ángel B. Pérez, representante en Santander de la Trasatlántica y fallecido en mayo de 1897, que puso a disposición de la alcaldía un almacén de su propiedad en el muelle de Maliaño hasta finales de diciembre, local que podría utilizarse como hospital, depósito u hospedería.

Un momento especialmente emotivo de estos desembarcos fue la llegada a Santander, en septiembre de 1898, de 1.691 personas procedentes del Ejército y la Armada a bordo del *City of Rome*. Entre ellos figuraban los marinos de la escuadra de Cervera (ALBERTO RISCO, 1920). Dos de ellos eran de Santander, Quirino Gutiérrez-Colomer y Alfredo Nardiz, ambos de la dotación del *Oquendo* (R. GONZÁLEZ ECHEGARAY, 1984, p. 69). Entre los desembarcados había 200 enfermos.

El día 23 de septiembre llegaron nuevos repatriados en el *Notre Dame de la Salut*, vapor francés adquirido por la compañía Trasatlántica. Venía un ejército derrotado y decepcionado, enfermo, sin ropas ni enseres. La misma compañía alquiló el vapor *Leonora*, de la compañía Serra, que llegó el día 26 con 1.127 soldados y mandó a Santander el vaporcito *Auxiliar N.º 5*. Al día siguiente lo hace el *Ciudad de Cádiz* con 281. También fueron contratados por la citada compañía los buques franceses *Chateau*, *Lafitte* y *Notre Dame de la Salut*. La gran afluencia de enfermos obligó a que la sección de ambulancias de la Cruz Roja se aumentara con cuatro brigadas más, compuestas cada una de seis hombres.



Llegada de los restos mortales de Vara de Rey y Eloy Gonzalo García, el héroe de Cascorro, a su paso por las calles de Santander.

En el *San Ignacio de Loyola* llegaron en diciembre los cadáveres de Eloy Gonzalo el héroe de Cascorro, y los de Santocildes y Vara del Rey. Los féretros fueron acompañados por las autoridades y una escolta de caballería de la Guardia Civil hasta la estación del Norte. Curiosamente, Eloy Gonzalo no murió en las acciones de guerra sino a consecuencia del paludismo.

Los trenes militares enviaban parte de la tropa al resto de las provincias españolas, e incluso hasta la misma Andalucía, por lo que se solicitó que los desembarcos para aquellas regiones se hicieran en puertos del Mediterráneo.

La Cámara de Comercio abrió una suscripción para que los donativos con destino a la tropa se entregaran en el Parque de Bomberos con objetos de posible utilidad. Si bien la intencionalidad de los socorros procedentes de particulares y de la Cruz Roja era de agradecer, ponía también de relieve la pobreza y, sobre todo, el estado en que llegaban los ex combatientes. Quizá el donativo más importante recibido fue el de la Colonia Española de Méjico, que ordenó se situaran en Santander 50.000 pesetas para esos enfermos repatriados (*Crónica de Santander*, 3-X-1898).

No vamos a dar cuenta pormenorizada de los barcos y hombres que llegaron a Santander. Según la *Memoria de la Cruz Roja*, desde primeros de septiembre de 1898 al 22 de febrero del año siguiente, se contabilizó la llegada de 27 vapores procedentes de Cuba y Puerto Rico con fuerzas de mar y tierra, y un total de 31.193 personas repatriadas por el puerto de Santander (*Memoria Cruz Roja*, 1899, p. 20).

Ante aquel cargamento humano escribía así *Crónica de Santander* las incidencias de la repatriación en octubre de 1898:

«La llegada a nuestras costas de un nuevo barco con repatriados es una reproducción más de esa especie de danza macabra que estamos presenciando ya hace tiempo; es un dolor que se renueva y una herida que se abre en el fatigado espíritu de esta nación desgraciada. Otra vez presenciaremos ese espectáculo que parece eterno. El trasatlántico que deposita en la orilla su carga de esqueletos; la caridad que los recoge; y luego esa procesión interminable de camillas, ese fúnebre cortejo, rodeado de un público, que no sabe ya cómo demostrar su sentimiento. ¡Y aún faltan tantas escenas de esas! ¿Pero es que han de seguir los desembarcos en la misma forma que se sigue para la repatriación? (*Crónica de Santander*, 3-X-1898).

Eran, como estamos refiriendo, unas visiones dramáticas propias de «Los desastres de la guerra», de Goya. El *Boletín de Comercio*, en uno de sus artículos, pinta-

ESTADO DEMOSTRATIVO DE LAS FUERZAS DE MAR Y TIERRA PROCEDENTES DE LAS ISLAS DE CUBA Y PUERTO RICO REPATRIADAS POR EL PUERTO DE SANTANDER								
FECHA DE LLEGADA			VAPORES	Total de fuerzas	Conducciones de enfermos hechas por la Cruz Roja			Total de conducciones
Día	Mes	Año			De los vapores a los hospitales en		De los vapores a los trenes en coches	
					Camillas	Coches		
1	Sptbre.	1898	Covadonga	2.165	123	515	185	823
2	»	»	Reina M. ^a Cristina.....	493	58	78		136
6	»	»	Satrústegui.....	2.608	90	530		620
13	»	»	Colón	2.223	30	145	190	365
20	»	»	City of Rome	1.682	14			14
22	»	»	Notre Dame du Salut.....	423	6	18		24
26	»	»	Leonora	1.124	12	142		145
27	»	»	Ciudad de Cádiz	347	16	78		94
3	Otbre.	»	Alfonso XIII	387	3	94		97
3	»	»	San Agustín	829	12	133		145
19	»	»	Alicante	699	5	202		207
7	»	»	Colón	976	15	183		198
18	»	»	Notre Dame du Salut	975	14	170		184
6	Dcbre.	»	Isla de Panay.....	1.562	16	162		178
9	»	»	Chandernagor	1.091	11	132		143
26	»	»	San Ignacio de Loyola ..	1.742	13	217		230
28	»	»	Juan Forgas	1.481	12	175		187
31	»	»	La Navarre	709		47		47
4	Enero	»	Ciudad de Cádiz	206		11		11
7	»	»	Miguel Gayart	1.488	11	55		66
10	»	»	Aquitaine	1.591	1	34		35
19	»	»	Isla de Panay.....	1.802	7	255		262
27	»	»	Covadonga	1.249	7	22		29
11	Febrero	»	Ciudad de Cádiz	275		1		1
12	»	»	Gran Antilla	1.235	6	7		13
18	»	»	Cataluña	612	2	1		3
Vapores 27				31.193	486	3.416	375	4.277

ba así la triste situación: «Si no fuera por la caridad particular, que todo lo hace, ¡qué hubiera sido de tantos infelices condenados a la miseria durante el tiempo que se tarda en pagar aquello que se les debe. ¡Qué hubiera sido de las viudas, qué sería de las familias de los reservistas, qué sería de los soldados que vuelven estos días a la patria» (*Boletín de Comercio*, 21-IX-1898). El espectáculo era tan patético que hubo algún caso en que los soldados fueron enterrados desnudos, por lo que se dispuso, ante las protestas de la prensa, que se los vistiera con mudas y traje de rayadillo. Otros, para mayor escarnio, desembarcaban con uniformes de la marina yankee (*La Voz del Pueblo*, 18-IX-1898; *Boletín de Comercio*, 22-IX-1898).

Ante la cantidad excesiva de defunciones durante la travesía, la Compañía Trasatlántica puso a disposición del Ministerio de la Guerra dos de sus buques, el *Ciudad Condal* y el *Habana*, para ser utilizados como barcos lazaretos. Y decía la prensa: «El servicio que ambos prestan ahora es completamente gratuito para el Estado, pues corren todos los gastos, incluso los de habilitación de los barcos por cuenta de aquella empresa» (*Boletín de Comercio*, 18-X-1898).

Los hospitales y cuarteles estaban llenos y se necesitaban, como hemos dicho, locales y camas preparadas. Agabio Escalante, con este motivo, cedió a la Cruz Roja gratuitamente un almacén de su propiedad situado en la Plaza de Numancia para que sirviera de cuartel de repatriados. Igualmente, hubo que adecuar camas en el Depósito de Ultramar y en el almacén de Huidobro. Como los servicios de asistencia médica eran cuantiosos, el Ayuntamiento pensó, como ya hemos dicho, crear un Hospital Municipal.

Aunque el panorama fue triste al perder nuestras últimas colonias, la vida en Santander tuvo aquel verano la misma animación de siempre. La afluencia de turistas si bien disminuyó ligeramente, los hoteles y chalets de particulares estuvieron completos, a las playas acudió numeroso público y el Sardinero tuvo la misma aceptación de otros años, igual que las excursiones por tren al Faro, Cabo Mayor y por mar al río Cubas. Sólo las tertulias monopolizaron el tema político de la derrota española.

Como símbolo de una lucha heroica en la que había también participado la provincia de Santander, una comisión se separó para organizar la entrega a la Diputación de la bandera del Quinto Batallón de Voluntarios de Cantabria, destinado en La Habana. El acto, realizado en marzo de 1898, fue emotivo y seguido por las autoridades y un numeroso público. Los supervivientes vestidos de uniforme, acompañados de los cuerpos de Bomberos y de la Ambulancia de Cruz Roja, encabezados por la Banda Municipal, salieron desde el 5.º Muelle de Maliaño, donde estaba atracado el *Colón*, hasta la iglesia de Santa Lucía, donde se celebraron los funerales por los compañeros fallecidos. El abanderado Antonio Toca llevó la enseña hasta la Diputación, que fue entregada por el último coronel del batallón, Cosme Blanco Herrera, en el salón de sesiones, donde hablaron diversas autoridades.

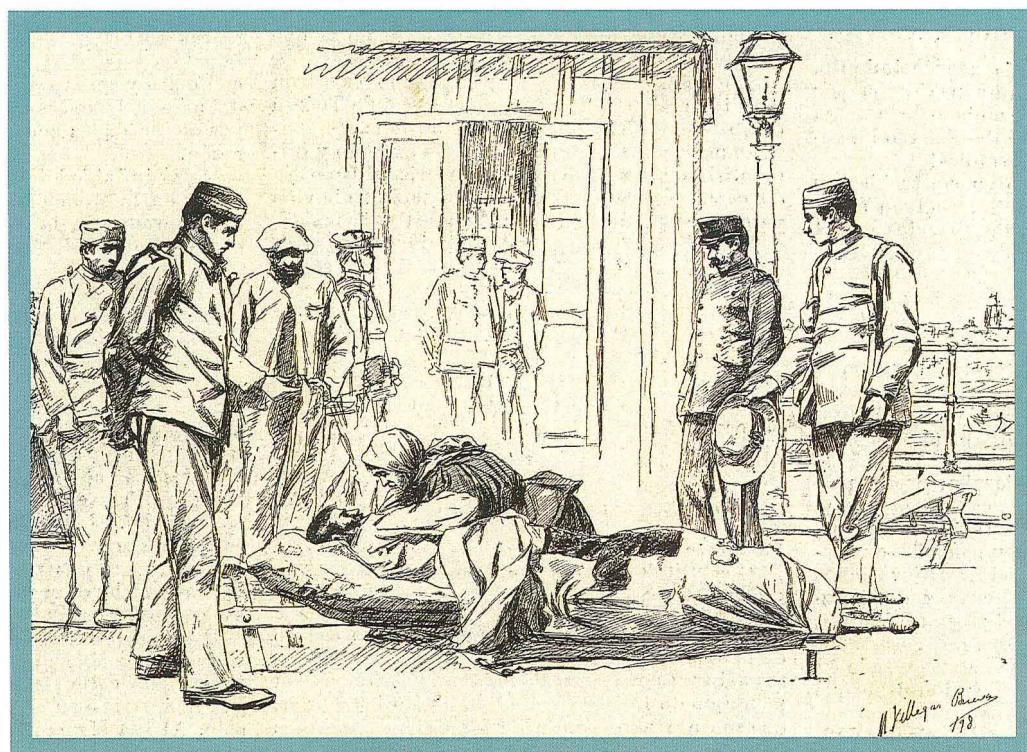
El 11 de julio de 1899 la Reina Regente firmaba el Decreto por el que se concedía a la ciudad el título de *Siempre Benéfica* y que decía así:

«En atención a los méritos contraídos por la ciudad de Santander acudiendo solícita en todas ocasiones al alivio de cuantas desgracias y calamidades han afligido no sólo a su propia localidad, sino a las restantes de la Nación, y más principalmente con motivo de la repatriación del Ejército; En nombre de mi Augusto Hijo, el Rey don Alfonso XIII y como Reina Regente del Reino, a propuesta del Ministro de Gobernación, vengo a conceder a la referida ciudad de Santander que a los títulos de Muy Noble, Siempre Leal y Decidida, que ya posee, una el de Siempre Benéfica, en recompensa de su notoria caridad y acendrado patriotismo.

Dado en Palacio a 11 de julio de 1899» (*Gaceta de Madrid*, 12-VII-1899).

Como justificante de ese honor merecido, el diario *El Cantábrico*, en un artículo, lo expresaba así al pueblo de Santander (12-VII-1899):

El convaleciente,
plumilla de M.
Villegas.



Mutilados de guerra.



«En Santander se fundó sostenido por el pueblo el primer Sanatorio para los soldados regresados de la Gran Antilla y, aunque tuvo que vencer grandes dificultades, se sostuvo hasta el término de la guerra y fue el único, durante mucho tiempo, en toda España; el Ayuntamiento invirtió grandes sumas en socorrer a los soldados que componían las expediciones que salieron de este puerto, y el vecindario todo remedió la situación de muchos infelices regresados del teatro de la guerra, proporcionándoles alimentos y albergue. La organización de la Comisión Provincial de la Cruz Roja, a cuyas gestiones se debe la concesión del título, y los trabajos realizados por ella, son un nuevo título que justifica plenamente el acuerdo del Gobierno».

Ya en los umbrales del nuevo siglo, en diciembre de 1899, la Compañía Trasatlántica, de acuerdo con el Gobierno, se prestó a reorganizar los servicios con las antiguas colonias. Por ello se comprometió a rebajar el 3 % de los fletes hasta cinco mil toneladas anuales de artículos de interés exportador. Del mismo modo, decidió transportar hasta mil emigrantes al año con un 50 % de descuento (*Boletín de Comercio*, 1-XII-1899). El comportamiento del Marqués de Comillas y la actuación patriótica de la Trasatlántica fueron recordados por los santanderinos con estas palabras:

«La Compañía Trasatlántica Española, que con tanto acierto dirige el señor Marqués de Comillas, ha prestado grandísimos servicios en España, servicios inspirados en deberes de alto patriotismo durante la última desastrosa guerra con los Estados Unidos» (*Boletín de Comercio*, 11-XI-1899).

El pueblo con un gran sentido acuñó el término «Desastre» para nombrar aquella guerra civil, por desgracia no la última, que, bajo grito de «¡Viva Cuba libre!», realizaron hijos y nietos de españoles. A partir de ese momento, alentaba una esperanza de regeneración y una nueva era para España ya liberada de compromisos coloniales.

BIBLIOGRAFÍA

EL AVISO, 3-3-1897, 26, 28-8-1897.

BOLETÍN DE COMERCIO, 11-5-1898, 22-9-1898, 18-10-1898, 1-2-1899.

EL CANTÁBRICO, 26-9-1897, 28-9-1897, 29-9-1897, 11 al 16-10-1898, 12-8-1899.

LA CARIDAD, 12-9-1898, 15-1-1899.

CRÓNICA DE SANTANDER, 15-9-1898, 3-10-1898.

CRUZ ROJA DE SANTANDER, *Memoria*, 1898.

GÓMEZ NÚÑEZ, SEVERO. *La guerra Hispano-Americana. El bloqueo y la defensa de las costas*.—Madrid, 1899.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, RAFAEL. *Por más valer*.—Santander : Cámara de Comercio, Industria y Navegación, 1972.

GUTIÉRREZ COLOMER, R. *Santander, 1875-1899...*.—Santander : Institución Cultural de Cantabria, 1973.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, 8-5-1898, 30-11-1898.

LIBRO DE ACTAS DEL AYUNTAMIENTO DE SANTANDER, 28-4-1897, fol. 97.

LIBRO DE ACTAS DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE SANTANDER, 11-1-1898, fol. 332; 4-4-1898, fol. 345; 4-10-1898, fol. 358, 365.

PÉREZ DELGADO, RAFAEL. 1898. *El año del Desastre*.—Madrid : Tebas, 1976.

RAMÓN Y CAJAL, SANTIAGO. *Mi infancia y juventud*.—Madrid : Espasa Calpe, 1968.

RISCO, ALBERTO. *Apuntes biográficos del Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete*.—Toledo, 1920.